

extraño é injusto, la ha de parecer muy consiguiente y natural.

*Directora.* Diga vd. cuanto guste, bien segura de que mi boca no se abrirá para contradecirla, si lo que dice hace fuerza á mi entendimiento.

*Maestra.* No puede vd. negar, que la naturaleza de los hijos sigue la naturaleza de los padres, como que es una continuacion suya: así es, que si los padres son enfermizos, del mismo modo son aquellos; el fruto es conforme al árbol que le produce: si este es desmedrado ó está carcomido, tambien aquel es ruin y poco sabroso: los licores sacan siempre el mal olor de la vasija corrompida en que estuvieron: los miembros sienten dolor si la cabeza duele. En este caso nos hallamos todos los miserables hijos de Adan, sin que podamos quejarnos del Supremo Hacedor por no quedar reducidos á este estado de pura naturaleza que vd. quiere, ó para mejor entendernos, libres de las quiebras con que de Adan la recibimos: esto fuera bueno cuando él no hubiera quedado en un estado de naturaleza corrompida, delincuente, achacosa y defectuosa, como fué en el que quedó, ó hubiera algun descendiente suyo que hubiese sido engendrado antes de este horroroso desastre. No siendo esto así, todos y cada uno de los

aquellos con que Dios nos castiga, como son mortales salimos á este mundo con los defectos que contrajo, y sin los dotes que perdió; hubo de consiguiente una culpa, mancha y defecto trascendental á todo el género humano: en una palabra, un pecado de naturaleza cometido no por cualquiera otro, sino por el primer hombre, la cabeza, la raiz, el padre y principio de todos los demas: últimamente, por el poder habiente en el pacto celebrado entre Dios y los hombres, respecto á la elevacion ó degradacion de todos, conforme á la condicion de su obediencia ó desobediencia. Teniendo todo esto en consideracion, como debemos tenerlo, para tratar el punto con las circunstancias que son indispensables, ¿parecerá á vd. extraño, que cuando salimos á este mundo, seamos á Dios desagradables, ó como vd. dice, le sepamos mal, le olamos peor, y no participemos en todo de los dolores, mal olor y sabor de tal cabeza, tal árbol, tan sucia vasija, y mal principio de que todos salimos y procedemos?

*Negruta.* Todos semos una rata de gatos.

*Maestra.* ¿Qué chapurrado es ese?

*Clarita.* Está diciéndome, que dice su madre, que todos somos una raza de ingratos.

*Maestra.* Y dice bien; es ciertamente un epíteto

muy del caso. Todos nacemos criminales, hijos de padres ingratos y regajos de fuente inficionada.

*Directora.* No puedo menos de confesar á vd. me han hecho gran fuerza las razones que acaba de darme: las he oído con muchísimo gusto; pero señora, ¿es posible, ó puede sufrirse, que la criatura mas hermosa que fabricó el Altísimo para hacer alarde de su poder, recrearse en ella y comunicarla cuantos tesoros de bondad pudo regalarla, resulte, proceda esto de lo que quiera, tan abatida, tan degradada, tan fea, sufriendo males sin comparacion mayores que todas las demas criaturas, y viviendo una vida que puede llamarse infierno, con sola la diferencia de no ser eternos? ¿Cómo puede ser que Dios, el Supremo Hacedor . . . . el Padre . . . . la infinita Bondad . . . .

*Maestra.* Señorita, si un famoso relojero para muestra de su habilidad, y regalar á un excelente personage fabricase el mejor reloj que pudiera, y la persona á quien le presentara, le pegara un golpe, con el que desde luego en todo se desconcertara, ¿podríamos atribuir de algun modo este desconcierto al autor que le fabricó? ¿Perderia por esto algo su habilidad generosa? Claro está que no; y cuanto hubiera de malo en el caso todo se atribuiria á quien no supo, ó no quiso con-

servarle conforme habia salido de las manos de su artifice. En esto no hay la menor duda. Por lo que hace á los trabajos que sufrimos, ó vida que vivimos tan trabajosa, si bien lo consideramos, prescindiendo de todos los que son consiguientes á la privacion de la justicia original, que por su culpa perdió nuestro primer padre, todos ó los mas de cuantos padecemos provienen de nosotros mismos, y porque así lo queremos.

*Directora.* ¡Porque así lo queremos! No creo yo que ninguno quiera padecer tanto como se padece en este mundo: en este caso, seriamos los racionales mas irracionales que los mismos brutos.

*Maestra.* Quisiéramos no padecerlos, es verdad; pero con el mal uso que hacemos de nuestra libertad, nos acarreamos todos aquellos que no son precisos en tal estado, y que pudiéramos evitar en medio de tan fatal corrupcion. Si mantuviéramos á raya nuestras pasiones, si fuéramos justos, sóbrios, benéficos, caritativos, virtuosos, seria una especie de gloria vivir en este mundo: ni en cuerpo ni en alma sentiriamos muchísimos, ó los mas de cuantos males nos aquejan, y quedarían tan reducidos, que nada parecerían.

*Rector.* Nada habia que temer por parte de Dios: por parte de las criaturas todo contribuiría

á nuestra felicidad; pero no siendo así, nosotros bastamos para hacernos infelices, perturbando el buen orden, la quietud y el público sosiego con toda clase de desórdenes y atentados: porque cuando el hombre llega á levantarse contra el Dios del cielo, no está lejos de desconocer los Dioses de la tierra: y el que combate contra la religion, está dispuesto para combatir contra el estado, si se lo pide su interes y lo puede hacer sin ser castigado: los enemigos de Dios siempre han sido los tiranos de los pueblos.

*Maestra.* Si por todos se observara una buena conducta, no hay duda que nuestra vida en medio de las amarguras que son indispensables, (aunque contribuyen á nuestro bien) seria una especie de noviciado del cielo.

*Luisa.* ¿Qué gusto seria entonces vivir en este mundo!

*Directora.* Es verdad lo que vds. dicen: si bien reflexionamos, no hay duda provienen muchísimos de que no somos virtuosos: porque sin mas que no apetecer lo ageno ¡cuántos males se ahorrarian! ¡y qué pocos quedarían, si nadie fuese vengativo, deshonesto, desobediente á sus mayores, guloso, borracho y demas fuera de razon! También entonces nos veriamos libres de

pestes, guerras, malas cosechas; por el contrario, experimentaríamos en todo las bendiciones del Señor: seria, en fin, como vds. dicen, una especie de gloria vivir en este mundo. Todo es verdad; pero, ¿cómo se refrenan las pasiones conque nacemos para ser como vds. quieren, y obrar de ese modo tan bueno?

*Luisa.* Con trabajo se hace; pero no es imposible: lo que hacen unos lo pueden hacer otros, señorita.

*Maestra.* También es cierto que no hubiera costado ese trabajo, si no se hubieran desenfrenado esas pasiones con la desobediencia de la criatura á su Criador; pero aun ahora se puede todo con la gracia de Dios, la que á nadie niega, si por sí mismo no la desecha con el mal uso de la libertad.

*Rector.* “¿No podrás hacer tú (dice S. Agustin) lo que han hecho otros semejantes á tí? ¿Por ventura han podido ellos hacer esto con sus propias fuerzas, y no antes bien con la ayuda de su Dios? Dios es quien les ha dado virtud. Si quieres estribar en tí mismo, no estarás ciertamente en pié. Arrójate en los brazos de Dios, que no te volverá la espalda para dejarte caer. Echate con seguridad en su seno, que él te recibirá, y te

sanará de tus enfermedades." (San Ag. Conf. 1. 8. cap. 11).

*Directora.* Pues diga vd., Luisita; si no habíamos de poder hacer lo que quisiéramos, ¿para qué se nos dió esa libertad? ¿De qué sirve la libertad?

*Luisa.* De merecer, señorita, de merecer: porque el que puede hacer una cosa mala, merece en hacerla buena.

*Directora.* Ejemplitos, ejemplitos, y no tanta metafísica.

*Luisa.* Con uno muy clarito basta. Un preso que está bien asegurado en la cárcel á puerta cerrada, con grillos, esposas y cadenas, ¿tiene mérito en no escaparse?

*Directora.* Está claro que no, porque no puede hacerlo.

*Luisa.* Pues lo mismo tenemos en todas nuestras acciones: si no tuviéramos libertad, no tuviéramos mérito alguno.

*Directora.* Vamos, conozco que no habria mérito alguno si la criatura no tuviese la libertad; pero ¿qué sacamos del trabajo de obrar bien, y qué merecemos con esto?

*Luisa.* Señora, ser felices del modo posible en este mundo, y despues para siempre en la gloria.

*Directora.* Muchas felicidades son esas: las

de por acá ya hemos visto que las lograríamos en parte, refrenando nuestras pasiones; pero las de una eterna gloria, ¿cómo puede ser, habiendo dicho vd. que Adán desmereció esta elevacion, y que á nosotros no nos es debida?

*Luisa.* Ahí se ve la gran bondad y misericordia infinita de nuestro Dios, que siendo esto así, de nuevo nos elevó á esa eterna participacion.

*Directora.* ¿Cómo puede ser eso, habiendo sido tan grande la ingratitud de la criatura para con su Criador? ¿No parece que desdice á su infinita magestad despreciada y desatendida? ¿Cómo puede ser eso?

*Luisa.* Ofreciéndose el hijo de aquel gran Rey á padecer por el criminal aldeano y todos sus descendientes, á fin de que á todos les volviera su padre á abrir la puerta para entrar de nuevo en su palacio, y lograr tantas dichas y grandezas.

*Directora.* Así ¿sin mas, ni mas?

*Luisa.* No señora: dando pruebas de aborrecimiento á la desobediencia de su padre; alistándose en sus banderas, siguiendo en todo la ley cristiana que nos puso, y profesando la religion que fundó para quien quisiese lograr tantos bienes.

*Directora.* ¿Y dónde hemos de hacer esas protestas contra el primer pecado, alistarnos en

esas banderas, y ponernos esa señal ó librea?

*Luisa.* En el bautismo, que fué lo que hicieron esta mañana con aquel niño, cosa bien fácil de practicar.

*Directora.* Todo eso está bien para los que sepan las cosas que á vd. han enseñado; pero los infelices que nacen entre gentes que todo ignoran, ¿le parece á vd. que convendrá á un Dios de misericordia dar con todos ellos en el infierno y no cansarse de atormentarlos por toda una eternidad, sin haberlo comido ni bebido de modo alguno? Es verdad que sale de unas dificultades, pero es metiéndose en otras aun mayores y que no pueden creerse de la infinita clemencia de Dios.

*Luisa.* Nosotras no creemos eso tan confusamente como vd. ha dicho.

*Maestra.* En semejantes materias debemos hablar con toda claridad, precision y distincion. Por lo que hace á los que mueren en tierra de infieles, donde ninguna noticia tengan de nuestra religion y verdades reveladas, decimos, que si llegaron al uso de la perfecta razon y murieron con pecados personales, apartándose de lo que les dicta la razon natural, se condenarán.

*Directora.* En hora buena sea; ¿pero y aque-

llos que no los cometen personalmente y mueren sin esos pecados?

*Luisa.* De esos, Dios sabrá socorrerlos por un modo. . . .

*Maestra.* Señorita, vd. toca con Luisita lo último de las dificultades, sin dejar nada á los teólogos. No es de estrañar no mantenga las soluciones de los argumentos en su memoria tan claramente como vd. desea. De esos que vd. dice, y de cuantos hagan lo que está de su parte, teniendo ignorancia invencible de nuestra santa religion y sus misterios, decimos y enseñamos á las niñas, arreglándonos á la doctrina de los santos doctores, que Dios se valdrá de iluminaciones interiores, ó de otros modos estraordinarios, con que crean lo indispensable y consigan alguno de los tres bautismos que bastan para salvarse y librarse del pecado original con que nacemos todos. Ya saben las niñas, por la doctrina cristiana, cuáles son estos.

*Directora.* Con ayuda de vecinos tambien saldria yo adelante en las dificultades. Vd. déjeme con Luisita, que yo no puedo con dos combatientes: ella y yo nos entenderemos. Vamos, Luisita, ¿y los que mueren allí antes de llegar al uso de la razon?

*Luisa.* Les sucederá lo que aquí á los que mueren sin bautismo.

*Directora.* Es decir, que se condenarán sin culpa alguna personal, y tormentos van y tormentos vienen por toda una eternidad: ¿cómo hemos de creer. . . .

*Luisa.* Tampoco creemos eso como vd. lo dice.

*Directora.* Pues qué, ¿se salvan y van á la gloria?

*Maestra.* Una cosa es que no vayan á la gloria porque no se les debe, y otra cosa es que padezcan tormentos; lo que es contrario á nuestra opinion. Ni tendrán gloria, ni padecerán pena: esto es lo que aquí enseñamos.

*Directora.* Siendo eso así, ya es otra cosa de lo que yo pensaba que vds. creían y defendían: nada tengo que replicar en este caso. Pero vamos, *Maestra*, dejándonos de teologías, y siendo todo como vds. dicen, ¿podrá vd. negarme, prescindiendo de todo lo demas, lo que me ocurre en este instante, y es, que el Diablo se salió con la suya y cantó el triunfo, consiguiendo que el objeto mas ennoblecido por el Supremo Autor, y que tanta envidia le causaba, quedase hecho el mas despreciable de cuantos hay en el mundo?

*Maestra.* Por lo que hace á eso, entiéndaselas

vd. con Luisita, que sabrá bien responder á vd., conforme á las instrucciones que tiene en el particular recibidas: ella la hará á vd. ver lo mal que al Diablo le salió su proyecto.

*Directora.* En hora buena. Dígame vd., Luisita, ¿no fué cierto que lo mas ennoblecido quedó convertido en lo mas ignominioso, por ese pecado y mancha con que todos nacemos, heredada de nuestros primeros padres?

*Luisa.* Si la cosa hubiera quedado como el primer hombre la dejó despues de su culpa, es verdad; pero, como ya he dicho á vd., no fué esto así; antes por el contrario, nos resultaron los mayores bienes.

*Directora.* ¿Pues qué bienes nos vinieron con tan gran pecado? ¿Qué otra cosa tenemos aun, mas que infámias, deshonra y envilecimiento? ¿Qué me responde vd.?

*Luisa.* Tenga vd. la bondad de responderme á mí, señorita. Diga vd., ¿si no hubiera sido por ese pecado, tuviéramos la dicha y dignidad indecible de haberse hecho Dios hombre y haberse este convertido en Dios del modo posible?

*Rector.* ¿Haciendo el Señor, por su infinita misericordia, se verificara lo que el Diablo pro-

metió fraudulentamente á nuestros primeros padres para seducirlos?

*Directora.* Por lo que hace á eso, soy de parecer que no.

*Luisa.* ¿Y le tuviéramos hecho hombre con nosotros, como le tenemos en el Santísimo Sacramento hasta que el mundo se acabe, para consolarnos y remediarnos en todas nuestras necesidades espirituales y temporales?

*Directora.* No puedo negar á vd. que la institucion de tan gran sacramento, fué tambien de resultas de la primera culpa.

*Luisa.* Está bien. Y diga vd., si así no hubiera sido ¿podríamos tener la dicha de comer y beber su cuerpo y sangre, recibéndole todos los días que queramos, lo mismo el mas pobre que el mas rico?

*Directora.* Claro está que no, si hemos de ser consiguietes á lo que tenemos respondido.

*Luisa.* ¿Tendríamos, á mas de esto, todos los demas sacramentos para remediar nuestras dolencias espirituales y aun temporales?

*Directora.* No señora: pero diga vd., ¿cuántos son los que se valen de esos remedios, y curan con ellos sus males?

*Luisa.* Eso nada disminuye la generosidad y

grandeza del que tanto nos elevó y discurrió en favor nuestro. Si un rey preparara un hospital general, en el que gratuita como seguramente se curasen de sus dolencias cuantos allí acudiesen, y hubiese hombres que despreciasen tan singular beneficio, dejándose morir por no entrar en él y curarse tan de balde, ¿seria esto en menoscabo del piadoso establecimiento y las benéficas intenciones del soberano?

*Directora.* No señora; eso seria una maldad, grosería, ingratitud ó locura de los que no quisieran valerse de unos medios que estaban tan en su mano para librarse de sus dolencias.

*Luisa.* Y si los enfermeros de ese hospital tuvieran la gracia particular de curar los enfermos milagrosamente, sin mas que querer estos y hacer aquellos el milagro, ¿qué me diria vd. entonces?

*Directora.* Eso seria tocar en lo increíble de la beneficencia, y no puede imaginarse un hospital de esa clase con tales remedios y tales enfermeros.

*Luisa.* ¿Pues qué quiere decir la facultad que Dios concedió para quitarnos el pecado original con el bautismo, perdonarnos los nuevamente cometidos con la confesion, y convertir el pan y el vino en cuerpo y sangre de Jesucristo, con que

nos curemos, alimentemos y fortalezcamos milagrosamente los pecadores, los débiles y desfallecidos?

*Directora.* Maestra, ya veo que dejando hablar á Luisita, tenemos que dar mil gracias á nuestro primer padre por haber pecado, y llamar su culpa dichosa por tantos bienes como de ella se siguieron.

*Luisa.* A nuestro primer padre, no señora; porque él no hizo más que echarlo todo á perder; pero á Dios es imposible darle las gracias que le son debidas por unos favores que ni imaginar podíamos, echándonos á todo discurrir.

*Maestra.* Tampoco sería extraño que á la tal culpa se la llamara en algun modo dichosa, por el Redentor que tuvo y los remedios que el mismo Señor supo aplicarla.

*Luisa.* Así la llamaron el sábado santo en los divinos oficios, como yo misma lo oí en la Catedral, leyendo por el Semanero en castellano cuanto estaban cantando.

*Directora.* Es verdad: atendiendo á todo eso, tiene vd. mil razones; pero á mas de esas honras, facultades y privilegios con que fuimos enriquecidos y ennoblecidos posteriormente á la culpa, quisiera yo nos hubiese tocado alguna de es-

tas cosas á nosotras con privilegio esclusivo, y del que pudiéramos blasonar tanto como lo hacen los hombres con lo que les fué concedido.

*Luisa.* No creo yo que á vd. se la haya pasado por alto, señorita; bien sabrá vd. responderlos si tratan de subirse á mayores, teniéndonos á nosotras como inferiores en este reparto. Dios contentó á todos de un modo prodigiosísimo, y enriqueció la naturaleza humana sin olvidarse de adornarnos con la joya mas brillante y la mas propia á nuestro sexo que pudiéramos apetecer.

*Directora.* ¿Qué bello adorno es ese, del que los hombres no pueden gloriarse tanto como nosotras, por ser de algun modo esclusivamente nuestro?

*Luisa.* Señorita, á ninguna muger se nos oculta, y menos se nos olvida. Despues del pecado de nuestros primeros padres ¿ha sido algun hombre concebido sin él, como lo ha sido una muger, como creemos y confesamos especialmente los mexicanos? A mas de esto, ¿pueden negarnos que una muger llegó al extremo del favor y privilegio singularísimo de ser y llamarse real y verdaderamente Madre de todo un Dios?

*Directora.* Aunque no fuera mas que por esto que acaba vd. de decir, merecia vd. mil besos,



Luisita; me ha desarmado vd. del todo: ni en chanza puedo seguir replicando á vd.; bendito sea Dios, bendita sea vd., y estaba por decir bendito pecado de Adan. . . .

*Luisa.* Pues sepa vd., señorita, que todavía no he concluido; todavía me queda por decir una cosa muy interesante: salto de gozo al solo pensarlo: aquí sí que perdió el pleito el sexo varonil; ¡Qué dicha para nosotras!

*Directora.* Vaya, espíquese vd., porque me tiene vd. inquieta hasta saber á dónde va á parar vd. con sus misteriosas reticencias.

*Luisa.* Voy á hacerlo, señorita, y con mucho gusto. Una muger ha sido la libertadora de México y de toda nuestra América: ella fué la que disipó las tinieblas de la gentilidad; la que nos predicó la fe; la que nos trajo la religion verdadera; la que fué maestro, apóstol y nuestra corredentora despues de Jesus. Sí señora, á la Virgen Santísima de Guadalupe debemos este precioso don. Dígame vd., señorita, ¿la parece á vd. si despues de esto podemos santamente vanagloriarnos? Y disimúleme vd. si me excedo algo en mis espresiones, porque enloquezco de gozo cuando pienso en esta soberana Señora.

*Directora.* No, querida mia, en nada se exce-

de vd.; pero ya que ha comenzado vd. á hablar-nos de nuestra Señora de Guadalupe, quisiera que nos refiriera vd. la historia de su aparicion.

*Luisa.* Si señorita, lo haré, y con mucho gusto: sabe vd. cuanto deseo complacer á vd.

*Directora.* Vaya, que como vd. la luzca esta vez, la prometo á vd. un tápalo, el mas bonito que se halle en los cajones de México.

*Luisa.* Acepto, señorita, la promesa: probaré si me hago acreedora á ella. Sírvase vd. oirme: A los diez años de subyugado á Cristo el mexicano imperio, sábado 9 de Diciembre, un piadoso plebeyo neófito, nombrado Juan Diego, venia de su vecino pueblo para México á asistir en el convento de religiosos franciscos á los ejercicios devotos, con el deseo de oir la esplicacion de la doctrina cristiana; cuando de un montecillo (cerro decimos nosotros) una legua distante de México, á cuyo pié está el camino, una celestial harmonia llamó toda la atencion de Juan á la cumbre del monte. En ella vió cercada de un iris á la Reina del cielo, de quien llamado y benignísimamente recibido, le manda vaya al obispo, venerable Juan de Zumárraga, religioso franciscano, y le diga en su nombre le mande fabricar en aquel mismo lugar un templo, que seria el asilo de todo